

LA ERA DE LOS ESTADOS COMBATIENTES¹

Según la interpretación más extendida, 1648 marca el momento de la creación: se trata de la inauguración del sistema interestatal moderno. La paz tortuosamente negociada en las ciudades westfalianas de Münster y Osnabrück —mientras los ejércitos de mercenarios a punto de morir de inanición y espoleados por Francia, Suiza, Austria o España continuaban arrasando las granjas, las ciudades y los pueblos de los principados alemanes— reconocía, célebremente, la soberanía territorial de los 300 y pico Estados del Sacro Imperio Romano. Sus príncipes fueron liberados del yugo imperial, se les concedió el poder de celebrar tratados entre ellos y con las potencias exteriores y se convirtieron, por lo tanto, en únicos gobernantes de sus propios dominios. En el centro de esta narración, el absolutismo francés emerge como la potencia que garantizó el reconocimiento diplomático de este pluriverso de Estados soberanos.

En este ambicioso aunque desigual trabajo, Benno Teschke sostiene que la narrativa de los libros de texto contiene presunciones completamente erróneas sobre cuándo y dónde comienza la modernidad: «La periodización no es un ejercicio inocente, balizar el flujo sin rumbo previsto de la historia no es un mero dispositivo pedagógico y heurístico. Entraña asunciones sobre la duración y la identidad de épocas y de órdenes geopolíticos específicos». El título mismo del libro indica la importancia de representar la transición al capitalismo y a la estatalidad moderna de modo narrativo y organizado en torno a fechas indicativas. Teschke no se deja impresionar ante el vasto número de acontecimientos que han sido señalados como puntos de partida definitivos de la modernidad —en política, en economía, en religión e incluso en filosofía— y mantiene que su inicio se encuentra en realidad en la consolidación del gobierno parlamentario inglés en la estela dejada por la Revolución Gloriosa, dado que fue en ese preciso momento y en ese preciso lugar cuando se constituyó el primer Estado propiamente capitalista de la historia mundial.

¹ Benno TESCHKE, *The Myth of 1648: Class, Geopolitics and the Making of Modern International Relations*, Verso, Londres y Nueva York, 2003.

Teschke sitúa en este proceso y no en la Paz de Wesfalia, firmada cuarenta años antes, el punto de partida de la modernización del sistema interestatal europeo. La expansión del capitalismo inglés en el siglo XVIII desató la crisis del *ancien régime* europeo y creó finalmente las condiciones que hicieron posible un nuevo orden mundial basado en el capitalismo global. Comprender la génesis y la expansión del capitalismo como un proceso de modernización saca a relucir la línea tendencial histórica general. En el transcurso de esta prolongada transición, el viejo juego voraz de la guerra y la diplomacia entró en quiebra y fue sustituido por un orden diferente. El capitalismo es un sistema social en el que el papel de la fuerza en la acumulación de la riqueza ha sido eclipsado por el poder del dinero invertido en los medios de producción. En su opinión, a largo plazo, la dinámica expansionista de este sistema tuvo que reprogramar las directrices primordiales de los Estados orientándolos hacia la promoción, más o menos pacífica, del desarrollo económico.

The Myth of 1648 aborda una serie de modelos de relaciones internacionales. El principal objetivo se encuentra en la concepción realista que afirma que la emergencia de un sistema anárquico de acción estratégica, estructurado alrededor de una situación de equilibrio de poder, se produce siempre que los Estados se ven forzados a arreglárselas por sí mismos si no quieren perecer. Bajo esta perspectiva hobbesiana, las máximas de la guerra y de la diplomacia no han experimentado cambios sustanciales desde la época de la guerra del Peloponeso. La visión transhistórica de esta escuela se condensa en una observación de Kenneth Waltz: «El carácter perenne de los análisis políticos internacionales revela la sorprendente homogeneidad en la naturaleza de la vida internacional a lo largo de milenios». Teschke aspira a reemplazar la rígida analítica del realismo por un historicismo que integra una sucesión de órdenes geopolíticos cualitativamente distintos desde la época carolingia hasta nuestros días. En su opinión, su estudio se distingue de un conjunto de críticas sociológicas contemporáneas del realismo, que ofrecen sus propias versiones de los orígenes de la modernidad geopolítica y todavía siguen atadas a un marco de periodización misticador estructurado en torno al momento inaugural de 1648.

Aunque el realismo ortodoxo tampoco puede reconocer esta transformación, Teschke sostiene que las teorías sobre las relaciones internacionales con pretensiones históricas son eclécticas. Estos análisis únicamente pueden comprender el advenimiento de la modernidad como la confluencia casual de la racionalización burocrática, del reconocimiento de los derechos absolutos de la propiedad privada, de un nuevo espíritu económico y de la expansión del comercio. Detrás de estas parábolas sobre la modernización yace la metodología sincrética de Max Weber:

Por lo tanto, toda reconstrucción de la historia europea tendrá que volver a trazar las lógicas evolutivas independientes de las diferentes esferas sociales (la política, la económica, la jurídica, la religiosa, etc.) que nunca

permanecen en una relación necesaria de co-constitución, sino que pueden formar, o no, «afinidades electivas».

Sin embargo, una «coyuntura fortuita de una lista desplegable de contingencias» meramente describe aspectos de esta transición producida en múltiples niveles, pero no explica cómo fue posible que se produjera. Cualquier explicación de este tipo debe adoptar una forma que integre todos estos ciclos en una única lógica evolutiva.

El examen de Teschke de esta transformación histórica se apoya acusadamente en el trabajo de Robert Brenner, cuyos ensayos sobre los orígenes del capitalismo agrario y sobre la historia sociopolítica de la Revolución Inglesa son, a todas luces, las contribuciones definitivas a los viejos y dilatados debates alrededor de ambas cuestiones. La aportación teórica de Brenner supone una rigurosa clarificación del modo en que las relaciones sociales de propiedad determinan las condiciones de acceso a los medios de subsistencia y, de este modo, las dinámicas de desarrollo a largo plazo de todas las sociedades. *The Myth of 1648* es un intento de explicar la formación y la crisis de los órdenes geopolíticos a partir de las exigencias cotidianas de la reproducción dictadas por dichas relaciones sociales de propiedad. En opinión de Teschke «las transformaciones en los regímenes de propiedad reestructuran la identidad de las comunidades políticas así como sus formas características de conflicto y de cooperación».

Estos regímenes de propiedad establecen los términos en los que discurren la producción y la apropiación de los recursos y, por consiguiente, determinan los agentes y los intereses en juego del conflicto armado. Ellos constituyen la «gramática generativa y la lógica transformadora profundas de las relaciones internacionales». Siguiendo a Brenner, Teschke entreteje las condiciones básicas de supervivencia en un mundo caracterizado por la espada y el arado —poniendo énfasis en las especificidades del feudalismo europeo— con el modelo de cooperación, crisis y conflicto que surgió a partir de las mismas. En su análisis, los hogares campesinos poseían los medios para su subsistencia y aspiraban a producir todo el abanico de productos que requerían para cubrir sus necesidades, en vez de maximizar sus ingresos. A consecuencia de esa falta de especialización, la tasa de productividad se mantenía baja y la provisión de alimentos era incierta. A su vez, la persistencia sistémica de bajos niveles de productividad agrícola limitaba el crecimiento sostenible de la población y los hogares campesinos se veían obligados a tener muchos hijos como una medida de seguridad. Esto condujo a un incremento de la *ratio* tierra/hombre, a la subdivisión de las parcelas, al aumento del precio de los alimentos y al deterioro de los niveles de subsistencia. Estos límites podían superarse a través de la colonización y de la reivindicación de nuevas tierras pero, en la medida en que continuaba el crecimiento extensivo, la tierra destinada a cultivo era cada vez menos fértil y la población, progresivamente más numerosa, quedaba expuesta a unas ganancias decrecientes y a una cosecha malograda.

Debido a que los campesinos poseían los medios de producción, solamente era posible obtener de ellos un excedente a través de la coerción. Aun cuando las innovaciones para mejorar la productividad podían ser implementadas a escala local, el recurso a la coerción era una vía más barata y segura de extraer excedente. La competencia encarnizada entre los señores que poseían los medios de coerción obligaba a estos últimos a constituir grupos cuya supervivencia dependía de su capacidad para dotarse de una organización cada vez más eficiente de recaudación tributaria. Este peso superpuesto de la explotación suponía una carga adicional que agravaba la precariedad de los medios naturales de subsistencia generada por el crecimiento de la población y por la subdivisión y el agotamiento del suelo, y la unión de estos elementos daba lugar a crisis sociodemográficas de dimensiones catastróficas.

El problema estriba en explicar cómo, finalmente, este estancado mundo malthusiano se metamorfoseó en la dinámica sociedad internacional de mercado decimonónica. Brenner ha demostrado de manera convincente de qué modo surgieron los diferentes regímenes de propiedad a raíz de las luchas de clase libradas entre los señores y los campesinos en distintas regiones de Europa. En su opinión, el inusual desenlace de la lucha de clases inglesa de la baja Edad Media evitó que su evolución social siguiera el rumbo marcado por las férreas leyes del belicismo señorial y de la agricultura de subsistencia prevalecientes en el continente. Teschke caracteriza este desarrollo como un desgajamiento de una civilización geopolítica con múltiples actores, cuyos orígenes remotos reconstruye en un impresionante capítulo central. El punto de partida de este orden continental se encuentra en el hundimiento, a finales del primer milenio, del imperio de Carlomagno, que en su cenit comprendió la Galia, Alemania occidental y meridional, la Península Ibérica nororiental y la Lombardía italiana. «La lucha en el seno de la clase gobernante entre los últimos señores francos, bajo la presión exterior, precipitó la implosión del Imperio carolingio durante la revolución feudal del año 1000.» Con el derrumbe de este bucólico edificio, la coactiva autoridad señorial —la que se expresaba en el derecho a cobrar tributos y a imponer multas— se desmoronó, pasando de la aristocracia imperial a los condes regionales y, posteriormente, a los microseñoríos castellanos y feudales locales. La antigua caballería ligera carolingia y sus infanterías campesinas dejaron el camino a una pesada caballería acuartelada en una nueva red de pequeños castillos de piedra. Apiñadas en torno a estas fortalezas rurales, bandas variopintas de vasallos constituyeron una nueva capa de nobles menores «atrapados entre la pobreza y la aventura»:

Armados, pretenciosos y pobres, los caballeros se aferraban al espacio amurallado más cercano, hablando de armas y de hazañas y de luchas y de demandas; de estratagemas lucrativas más que de gestión y de ingresos.

La sociedad feudal estaba organizada como una pirámide de posesiones condicionales en la que por vía contractual se establecían una serie de

obligaciones de asistencia militar entre los señores feudales y los vasallos. Estas comunidades políticas no constituían órdenes sociales sino conjuntos fluidos de señores unidos por sus campañas y mediante el reparto de los botines de guerra. Las recompensas en juego consistían en haciendas obtenidas mediante la disputa y la herencia y comprendían un surtido de derechos de extracción de renta sobre vastos territorios. Teschke ilumina la naturaleza privada del poder político feudal afirmando que «cada señor era su propia unidad de conflicto».

En esta época de caballerías salteadoras, la península europea –anteriormente la zona más retrasada de Eurasia– experimentó una enorme transformación material cuando «bosques, áreas fronterizas, tierras yermas, lodazales en tierras bajas e, incluso, lagos y partes del mar desaparecieron para dejar sitio a las tierras de cultivo». Además, el curso de los acontecimientos en Europa acarrió amplias conquistas militares en la periferia del antiguo Imperio franco: la reconquista de la Península Ibérica; la colonización del este eslavo-báltico por los señores, los habitantes de las ciudades y los campesinos alemanes; las cruzadas que establecieron los efímeros principados de Siria, y la conquista normanda de Inglaterra. El dominio de estas periferias terrestres conllevó la instauración de una supremacía marítima en el Báltico, en el Atlántico Norte y en el Mediterráneo.

La rivalidad política despiadada entre bandos feudales conformó un terreno de selección en el cual «las principales razones de la supervivencia, de la transformación o del declive han de buscarse en el nexo entre la extracción interna de ingresos y la productividad, esto es, en las relaciones de clase». Esto era así debido a que los desenlaces del conflicto de clase entre el señor y el campesino determinaban el plusvalor disponible para construir una máquina de guerra eficaz, cuya existencia era vital para la supervivencia y la expansión en perjuicio de los competidores.

La necesidad de atraer y de recompensar a los seguidores con regalos, avíos y feudos estimuló la demanda de mercancías fabricadas por los artesanos, que se sufragaban con parte del plusvalor obtenido de los productores de alimentos y de materias primas. Pero el progresivamente sofisticado sistema comercial urbano que surgió de la expansión de este circuito básico no disolvió las barreras sistémicas al desarrollo económico ya que los excedentes comercializables para costear el consumo improductivo y la guerra únicamente podían recogerse mediante la exacción de impuestos y la extracción de rentas de los campesinos agricultores. En Europa occidental esta comercialización aceleró el declive del feudalismo descentralizado coercitivo en la medida en que los habitantes de las aldeas afianzaron su libertad personal en el periodo posterior a la crisis demográfica producida en la última etapa del medioevo, pero fuera de Inglaterra no condujo al desarrollo del capitalismo, sino por el contrario a formas monetarias más centralizadas de extracción coercitiva de excedente.

En este panorama microbélico, las fronteras entre las comunidades de vasallos habían sido fluidas y precarias. La consolidación subsiguiente de la autoridad real condujo a la diferenciación incipiente entre las esferas de la política doméstica y de la diplomático-militar y, de este modo, al restablecimiento de la anarquía sobre una base más nítidamente interestatal. A pesar de que muchos autores ven en este proceso el comienzo de una transición a escala europea hacia la soberanía estatal, Teschke sostiene que, bajo la cobertura de este desarrollo geopolítico común, se desplegaron dinámicas de formación estatal totalmente distintas. De hecho, toda su narrativa asume que el advenimiento de la modernidad social e interestatal puede relatarse como la historia de una divergencia, cada vez mayor, entre la Inglaterra capitalista y la Francia absolutista. En opinión de Teschke, a pesar de que la sociedad francesa posterior al siglo xiv había dejado atrás el feudalismo, no se estaba desplazando hacia el capitalismo y, ni siquiera, hacia la administración burocrática moderna. El Reino de Francia emergió como un sistema, nucleado en la corte, de explotación fiscal de campesinos independientes. Una vez menoscabado el poder privado del señor feudal, las autoridades oficiales corruptas vinieron a ocupar su lugar como origen principal de las fortunas familiares.

Por el contrario, la comunidad señorial centralizada que fue instalada por los conquistadores normandos resistió el declive de la servidumbre, permitiendo a los señores guarecerse en extensas posesiones de tierra, mientras perdían el poder coercitivo para extraer excedentes de sus ahora numerosos arrendatarios libres. Simultáneamente, el añoso aparato de gobierno señorial y la comunidad aldeana se disolvieron conduciendo a la formación de relaciones patrimoniales en las que tanto los terratenientes privados como los arrendatarios de las tierras dependían del mercado para acceder a los medios de producción y obtener sus ingresos y, por lo tanto, estaban obligados a competir, a especializarse y a invertir. Esto activó un «ciclo virtuoso» de desarrollo económico malthusiano que consiguió aventajar al crecimiento de la población. La progresiva eficiencia de la agricultura, capaz de sostener el crecimiento imparable de la población, dio lugar a la inversión en manufacturas –adquiridas gracias al incremento del rendimiento agrícola– que desató un descenso gradual de los costes y un aumento de los beneficios.

Sin embargo, a pesar de esta notable y prolongada divergencia en las estructuras sociales, Teschke admite que la pertenencia a un sistema común europeo de rivalidad diplomática y militar desembocó en una convergencia isomorfa de las formas institucionales, ya que las revoluciones militares, la monopolización de los medios del ejercicio legítimo de la violencia, el mercantilismo y la esclavitud colonial redefinieron las condiciones de gobierno y obtención de beneficios a ambos lados del Canal. Pero, a pesar de que reconoce estos desarrollos de los acontecimientos, él insiste en que al identificar la naturaleza de los Estados, es posible separar las formas institucionales de la sustancia social:

Aunque la formación del Estado francés dio como resultado la soberanía absolutista –la piedra angular del sistema estatal de Westfalia–, la formación del Estado inglés trajo consigo la soberanía capitalista, que constituye la piedra angular del sistema estatal poswestfaliano, esto es, el sistema estatal moderno.

Teschke afirma que el problema que presentan varios de los intentos contemporáneos de historizar las relaciones internacionales es que confunden la soberanía moderna con la soberanía absolutista. Tras haber mantenido, convincentemente, que las estructuras sociales agrícolas de Francia e Inglaterra evolucionaron siguiendo caminos diferentes hacia distintos órdenes constitucionales, él desbarata su argumento con la drástica conclusión de que ambos países eran «totalidades sociales incomensurables», disímiles «en todas las dimensiones de su organización social, económica y política». Tales aseveraciones mantienen una relación pantanosa con los paralelismos recogidos por él mismo. En este punto, su fórmula narrativa de esta etapa histórica genera una peculiar contradicción, ya que el «despunte de la modernidad» se deja encallado en una anómala categoría sociotemporal sin ninguna relación precisa con los acontecimientos posteriores.

Su argumento cobra fuerza cuando consigue sortear los escollos de este marco temporal y establece unos criterios empíricos de clasificación. La sociología de Weber de las instituciones políticas proporciona una distinción esclarecedora: «Todos los Estados pueden clasificarse en función de si se fundamentan en el principio de que un conjunto de individuos que posee sus medios administrativos o en el de que este conjunto está “separado” de esos medios de administración». En Francia, el paso hacia una burocracia moderna no se produjo porque un enraizado mercado de cargos venales evitó la formación de un verdadero dominio público. El absolutismo francés no fue tanto un Estado como un amasijo jerárquico de sinecuras objeto de empeño, subarriendo y divisiones a lo largo de líneas hereditarias. Teschke concibe la modernidad como una condición sociojurídica en la que lo político está *separado* de lo económico. A la luz de este criterio, el *ancien régime* era un punto muerto situado en los orígenes de la modernidad que carecía incluso de las precondiciones para una transición posterior al capitalismo nacional. Teschke sugiere que a pesar de guardar una apariencia acorde a su innegable evolución posterior, «las precondiciones más esenciales para que el Estado abandonara la explotación económica directa», conducente a la división de lo público y lo privado, no emergerían hasta un momento sin concretar del siglo XIX.

La fuente financiera de esta unidad política basada en la imposición tributaria por parte de las autoridades fue puesta a prueba continuamente en la arena de la guerra y de la diplomacia, configurando un sistema organizado alrededor de las aspiraciones patrimoniales de las fortunas familiares. Se podría sostener que, de los dos cuerpos del rey, Teschke sólo reconoce el privado. «[Las] unidades básicas de la política internacional no

eran los Estados, sino las personas y las asociaciones de personas que literalmente poseían sus respectivos reinos y dominios». Su conclusión es que la geopolítica del siglo XVIII no era moderna porque todas las monarquías absolutistas más importantes andaban a la zaga de la quimera medieval de la monarquía universal y de la eliminación de sus adversarios, y no de un equilibrio de poder (con el cual, aparentemente, se puede equiparar a la modernidad geopolítica). La evidencia que aduce de esta ausencia de un mecanismo de compensación interestatal es el caso extremadamente atípico de las particiones polacas, ya que, aparte de ellas y a diferencia del periodo ulterior, durante esta etapa ningún Estado, ni siquiera de tamaño modesto, fue borrado del mapa.

La viabilidad histórica del absolutismo francés sufrió una aminoración fatal a causa del pesado coste de la guerra con la Inglaterra parlamentaria, que generó una crisis fiscal irreversible y culminó con una bancarrota terminal. Una base social agrícola estancada, integrada por pequeños hogares campesinos, no podía continuar sosteniendo los costes de la guerra en tres continentes. Sin embargo, Teschke opina que la gran revolución que explotó con la quiebra del *ancien régime* tuvo poca importancia relativa en la constitución del sistema estatal moderno, puesto que no sólo 1648, sino también 1789, son excluidos, de manera implícita, de esta narración de un camino exclusivamente inglés a la modernidad. La deflación perturbadora de este episodio se deduce de las conclusiones que algunos estudiantes de Brenner parecen haber extraído de su análisis de la sociedad absolutista: la burguesía integrada por cargos venales, comerciantes y abogados era meramente la categoría espuria de una plutocracia de rentistas que vivía a costa del campesinado; su revolución llegó a producir una liquidación de los privilegios clerical-aristocráticos, pero dejó prácticamente intacta la relación básica del Estado con la sociedad agraria. Podría decirse que tales momentos de transformación revolucionaria únicamente son juzgados atendiendo a si conducen o no a la formación de las sociedades civiles capitalistas, como si el término «modernidad» pudiera ser purgado ahora de cualquier asociación con otras transiciones de acuerdo con direcciones menos espinosas. (Aunque Teschke afirma que las luchas de clase son la fuerza motriz del proceso histórico, su importancia parece disminuir dramáticamente tras las liquidaciones patrimoniales llevadas a cabo durante la baja Edad Media.) El legado doméstico de la revolución se sintetiza en la siguiente formulación evasiva e inapropiada:

Aunque la estructura institucional del Estado absolutista, cuyos avances centralizadores se radicalizaron con Napoleón, fue la condición histórica en la que se desarrollaría el capitalismo francés en el siglo XIX, ésta no era una necesidad lógica de su desarrollo.

Por lo tanto, quizá no sea sorprendente que las guerras revolucionarias y napoleónicas que transformaron el mapa de Europa y pusieron en marcha sus numerosas reconstrucciones nacionales subsiguientes sean relegadas

en bloque a una mera manifestación, si bien indirecta, de la supremacía geoeconómica del Reino Unido.

Tras haber lanzado una serie de audaces afirmaciones sobre la oposición categórica entre periodos y Estados que las condensan, Teschke soslaya la cuestión de si, después de todo, Inglaterra fue el epicentro singular de la transición a la modernidad (capitalista) o si fue simplemente un mero participante sumamente específico en las transiciones concurrentes que se desplegaron a través del *ius publicum europaeum*. En ocasiones, parece inclinado a aceptar esta última opción, más plausible, preguntándose si debería «afinarse esta perspectiva simplificada defendiendo la existencia de una serie de transiciones entre, y dentro de, los distintos órdenes geopolíticos cuyo efecto acumulativo fue la configuración geopolítica contemporánea». Pero más a menudo su análisis de estos procesos parece presuponer que el aislamiento de la evolución sociopolítica de Inglaterra respecto al campo interestatal europeo, más amplio, fue una condición necesaria de su impacto transformador subsiguiente sobre aquél. Esto no se deduce lógicamente, por supuesto. «La presión militar internacional no influyó sobre la revolución social inglesa, como tampoco afectó considerablemente a la revolución política que experimentó este país.» Debe decirse que poco hay en el análisis de Brenner sobre la emergencia de las relaciones de propiedad capitalistas o de la crisis constitucional inglesa del siglo xvii que permita respaldar estas abruptas formulaciones.

Una explicación más convincente de la posición peculiar de Inglaterra dentro del sistema bélico y diplomático absolutista tendría que tomar en consideración las disposiciones geográficas que generaron las prolongadas encrucijadas estratégicas presentes en la formación del Estado. Otros autores han sostenido que la costosa dotación de efectivos militares era una condición indispensable para la supervivencia de las monarquías renacentistas del continente. La situación insular del Estado de los Tudor liberó a Inglaterra de este imperativo, posibilitando a sus clases adineradas aplazar la aparición de una administración tributaria en una época en la que los Estados más fuertes estaban asumiendo esta figura. Durante la mayor parte de los inicios de la era moderna, Inglaterra fue simultáneamente marginada como fuerza terrestre en el continente al tiempo que se encontraba relativamente segura frente a los ataques navales. En consecuencia, el poder limitador del Parlamento desvió el destino de esa dotación hacia la creación de una potencia marítima atlántica y de un colonialismo de poblamiento.

Asimismo, Teschke no consigue registrar la relación existente entre la crisis política del siglo xvii en Inglaterra y las guerras civiles-religiosas libradas en todo el espacio europeo que formaron su contexto de posibilidad histórica. La política es una esfera en la que cobran forma los proyectos estratégicos dirigidos a los enemigos. El protestantismo militante de la clase parlamentaria estaba dirigido a los baluartes domésticos y exteriores del absolutismo alineado con la Contrarreforma. Fue esta mediación estra-

tégica la que conectó el plano doméstico con el internacional. La caracterización de los albores de la geopolítica moderna como un puro enfrentamiento dinástico ignora las hebras responsables de la guerra confesional que atravesó los Estados más importantes de la época, detonando muchas de sus oposiciones medulares entre amigos y enemigos.

El análisis de Teschke del impacto transformador del régimen británico sobre el sistema estatal europeo se concentra en el siglo XVIII, cuando las disputas hereditarias ofrecían la ocasión característica para que se desataran las hostilidades. Él sugiere que este periodo fue testigo simultáneamente de los inadvertidos comienzos de la desvinculación de Albión de una política de engrandecimiento territorial y de una tendencia hacia su posterior consagración a la construcción de un imperio colonial que trataba de buscar su equilibrio más allá de sus costas. La parte fundamental de la narración radica en las consecuencias geopolíticas inesperadas del hecho de que el Reino Unido aprovechara su superioridad financiera como una forma de gobierno militar-mercantil para imponerse sobre sus aliados y sus adversarios absolutistas: «En el siglo XVIII, Gran Bretaña era un país belicoso, militarizado y casi permanentemente en pie de guerra, al igual que cualquier otra potencia europea comparable». Aunque no especifica el mecanismo, parece que el capitalismo «llegó a universalizar su lógica de organización política y de relaciones internacionales en el pluriverso creado por la formación del Estado absolutista» a través de la presión militar, y no de la presión ejercida por las fuerzas del mercado.

Teschke considera esta coexistencia de formaciones sociales cualitativamente distintas, sometidas a unos patrones comunes de rivalidad geopolítica, como una historia de la «internacionalización gradual y problemática del complejo Estado/sociedad británico» durante el siglo XVIII y principios del siglo XIX. Pero el hecho de que el pluriverso europeo de Estados soberanos antagonistas se forjara en una época de absolutismo y de que, sin embargo, sobreviviera como la matriz interestatal de la zona neurálgica del capitalismo mundial sugiere nítidamente que no resulta fácil adscribir la lucha por el poder entre los Estados a la lógica de la acumulación. Esta dificultad se acentúa a medida que la geopolítica se torna más *separada* de la lógica de la acumulación, como Teschke opina que ocurrió con el advenimiento del capitalismo. Bajo estas condiciones, cabría sostener que el modelo para determinar la distribución del poder soberano adquiere autonomía como un campo de fuerzas de desarrollo integrado y desigual, mediando a través de la coerción en las interrelaciones existentes entre sistemas sociales diferentes.

Las victorias navales británicas en las Guerras Napoleónicas destruyeron los imperios mercantilistas de Francia y España, instaurando las condiciones para el establecimiento de un mercado mundial abierto basado en la libertad de los mares: «Durante el siglo XIX, este nuevo régimen comercial trajo consigo fuerzas que minaron la antigua lógica del capitalismo comercial inaugurando la era del mercado mundial emergente». En opinión de

Teschke, la modernidad poswestfaliana llega con la estabilización británica de un equilibrio de poder entre los Estados europeos, sufriendo ajustes estructurales acordes a las exigencias del mercado mundial más o menos exitosos. Pero las convenciones interestatales de esta primera época de la «globalización» experimentaron un fracaso durante el siglo posterior: ¿por qué atribuirles entonces este carácter canónico para comprender la relación existente entre capitalismo y geopolítica?

En este punto, debe recordarse que Teschke proponía «historizar la anarquía», es decir, proporcionar una explicación de la formación de las condiciones de posibilidad de este modelo realista. Esto suscita el interrogante de si él piensa que el realismo es erróneo simplemente porque eterniza la anarquía estatal «moderna» o si cree que yerra igualmente acerca de las dinámicas del sistema interestatal moderno. *The Myth of 1648* se centra, enteramente, en la primera de estas cuestiones sin especificar los lances de la rivalidad interestatal existente en la era del capitalismo mundial. Esto conduce a una enorme laguna al final de la narración, ya que se produce un salto desde la era victoriana hasta la década de los noventa, sorteando las Guerras Mundiales, el fascismo, el comunismo, la Guerra Fría y la descolonización como si estos episodios de la formación del Estado no complicaran la relación que Teschke pretende establecer entre la geopolítica moderna y la formación del mercado mundial. Únicamente en un párrafo se menciona la brecha existente entre su análisis y la crónica empírica.

Después de afirmar con seguridad que las relaciones sociales de propiedad generan órdenes geopolíticos, parece reconocer que el problema no ha sido resuelto y formula la siguiente cuestión:

Si el capitalismo y el sistema de Estados no son genéticamente co-constitutivos y coemergentes, y si el capitalismo no se desarrolló de manera simultánea en todos los Estados modernos primigenios, ¿cuál fue la relación entre el capitalismo y el sistema interestatal?

Aparentemente, suponiendo que fuera posible realizar una valoración de este tipo, resulta difícil determinar si una pluralidad de Estados soberanos supone algo bueno o malo para el capitalismo como sistema. Pero el aspecto más difícil de desentrañar no radica en la pluralidad, sino en el antagonismo. La conclusión que brota de la historia milenaria narrada por Teschke sugiere poderosamente que el abandono de la coerción en la esfera interna de las relaciones económicas dio como resultado el enmohecimiento irreversible del aparato de coerción dirigido hacia el exterior, pero esto, por supuesto, nunca se produjo. Entonces, ¿cómo pueden explicar las relaciones sociales de propiedad del capitalismo la persistencia de la guerra como un medio reconocido de concertación entre Estados, mucho después de que hubiera dejado de ser un medio sistémico de acumulación? De modo vacilante, reconociendo el problema que suscita su concepción del capitalismo, ofrece la predicción a largo plazo de que,

«dado que el capitalismo no se basa en la lógica de la acumulación política doméstica, sería de esperar que produzca el declive de la acumulación geopolítica externa que definió la conducta internacional orientada a la guerra de los periodos feudal y absolutista».

Sin embargo, ningún análisis que suscite tales expectativas sin abordar los datos históricos puede considerarse apropiado. La auténtica pauta de cambio de régimen y de reforma que se inauguró en el siglo XIX como respuesta a la disciplina de una diversidad de mercados progresivamente capitalistas es mejor explicada en términos de un proceso de adaptación de la especialización de funciones dentro del aparato estatal. Aunque los Parlamentos europeos de este periodo lograron redefinir la autoridad del gobierno en materia tributaria, de justicia, de infraestructura y de educación, este proceso de reorganización administrativa no produjo el deceso de la geopolítica, sino por el contrario su racionalización formal. Los cuadros militares y diplomáticos de los *anciens régimes* se convirtieron en las elites burocráticas modernas de los Estados burgueses clásicos del largo siglo XIX. En opinión de Michael Mann, «lo anterior posibilitó también un cálculo más preciso de los riesgos y de los medios de la guerra, y que estos cálculos pudieran ser injertados en una diplomacia geopolítica racional». Por consiguiente, señala, «ésta fue la era de los diplomáticos y de los estrategas militares».

Esta observación suscita una cuestión que debería haber ocupado el centro de la teorización de la situación poswestfaliana construida por Teschke: ¿en qué momento los costes y los beneficios de la guerra convirtieron la misma en una política razonable para que los Estados llevaran a cabo su remodelación bajo la disciplina económica del capitalismo? De acuerdo con esta formulación, resulta obvio que cualquier estimación debe atender a los incrementos exponenciales de los efectos destructivos de la guerra, en la medida en que esto cambia cualitativamente los términos del cálculo. Una teorización adecuada de la historia de la violencia intersocietal sería aquella que abordara la evolución de las estructuras de fuerza militares y de los sistemas armamentísticos.

La racionalización formal del arte de gobernar fue consecuencia de la especialización burocrática de las funciones estatales. La separación de la política de la economía estuvo acompañada de una bifurcación de los imperativos estratégicos de la política exterior y de los imperativos domésticos de crecimiento económico y de estabilidad social. Nuevamente, Mann aporta una explicación convincente de esta división estructural de la racionalidad operativa en estos campos separados.

La diplomacia está mucho menos regulada y es mucho menos rutinaria y predecible que los asuntos más importantes de la política doméstica. La diplomacia involucra a un conjunto de Estados autónomos entre los cuales hay pocos vínculos normativos y continuas reconsideraciones en torno a la oportunidad más ventajosa.

¿Existe una *Staatsraison* [«razón de Estado»] central que integre estos imperativos diferenciados? ¿Cómo, por quién y contra quién se logra la integración como proyecto estratégico? Las reflexiones fragmentadas de Gramsci acerca de la política brindan esbozos fascinantes de los episodios históricos que potencialmente podrían responder a tales cuestiones. Su concepto de hegemonía arrojaba luz sobre un abanico de prácticas políticas ligando el mantenimiento coetáneo de posiciones de poder domésticas con la búsqueda improvisada de objetivos estratégicos en el terreno geopolítico. A pesar de ser incompletas, estas observaciones proporcionaban, al menos, un portal de acceso a áreas que la problemática de Teschke ni siquiera registra.

En las primeras páginas de su trabajo, él reconoce que una teoría adecuada de las relaciones internacionales tendría que tomar en consideración la «mentalidad y las autoconcepciones de los actores colectivos» —lo que él llama «la cultura de la guerra», pero posteriormente esta sugerencia nunca llega a materializarse. Dejando entre paréntesis este campo teórico, el estudio de Teschke aborda, solamente, el problema abstracto de la compatibilidad del capitalismo con la pluralidad de Estados soberanos, pero no realiza ningún intento de conceptualizar esto último como un campo estratégico. Sin embargo, en la medida en que la guerra continúa siendo una posibilidad entre los Estados líderes del sistema mundial, una teoría de las relaciones internacionales ha de ser capaz de explicar la racionalidad específica de esta esfera, cuyo patrón de éxito y de fracaso se sostiene sobre una relación laxa e indeterminada con los imperativos que determinan la riqueza acumulada de una economía nacional en el mercado mundial. El realismo es la representación espontánea de este campo desde la perspectiva del aparato aparentemente invertido en el que se encarna todo Estado en sus relaciones con el resto. A pesar de los elementos ficticios implícitos en esta representación, se trata de una ficción objetivamente operativa.

El penúltimo capítulo indica de qué modo, algo tardíamente, el capitalismo podría producir la desaparición de la Gran Estrategia: «La conclusión que se deriva es que la idea clave de las relaciones internacionales modernas descansa en [...] la gestión política multilateral de la crisis potencial del capital global y la regulación de la economía mundial por los Estados a la cabeza del capitalismo». De este modo, Teschke llega a la conclusión alcanzada por Karl Kautsky al comienzo de la Primera Guerra Mundial. Debe ser recordado que Lenin rechazó a Kautsky en aquel entonces, pero no porque pensara que este escenario era incompatible con la lógica abstracta del capital. En su opinión, esto estaba más allá de toda discusión. Incluso actualmente, su panfleto sobre el imperialismo trae a la memoria que el modelo enormemente desigual y violentamente cíclico del desarrollo económico capitalista convierte a cualquier eutanasia futura del arte de gobernar bélico-diplomático en un hecho sumamente improbable. En opinión de Lenin, la separación definitiva de la política y de la economía nunca se produce.

Actualmente, ¿dónde nos encontramos en la «corriente de la historia»? La narración de la modernidad de Teschke constituye un intento de explicar su «dirección y su significado», pero rechaza lo que considera la visión prevaleciente fuera del terreno realista, que «el Estado soberano moderno, anclado en el territorio, esté siendo sustituido por un orden global postterritorial y posmoderno», únicamente porque se opone al término «posmoderno». Tras muchos siglos de transición, él anuncia que «es posible que las relaciones internacionales modernas sólo acaben de llegar».

No obstante, ninguno de los momentos inaugurales de la modernidad propuestos resultan ser definitivos, puesto que periódicamente la línea tendencial geopolítica se desvía del curso vaticinado. Después de haber echado por tierra el mito de 1648, Teschke se detiene a reflexionar sobre las contradicciones de la periodización. El resultado es que «ningún acontecimiento o fecha puede ser señalado inequívocamente como la cesura decisiva de todo el sistema de la modernidad interestatal. No se produjo ninguna “ruptura estructural” que dividiese las relaciones interestatales premodernas de las modernas».

Las fluctuaciones recurrentes del término «modernidad» en numerosos puntos de la narración parecen confirmar la valoración de Fredric Jameson de que «ante todo, hay algo intrínsecamente irrepresentable en esos momentos en los que se produce un cambio estructural, una ruptura o una transición radical». Largos declives, competencia por el capital líquido, expansión propulsada por el endeudamiento, continuas fusiones, insolvencias presupuestarias amenazadoras: ¿qué transformaciones geopolíticas emergerán de esta creciente turbulencia global? De pronto, la dirección es incierta. Hacer un balance de esta situación requiere prescindir de la «modernidad», en la medida en que se trata de una categoría narrativa que ya no comprende los vectores militares, económicos y culturales de la última fase del capitalismo.